

+

A Miguel Delibes

MD

Hay momentos en nuestra vida, cuando el dolor nos abraza, en que el silencio es más elocuente que las palabras. El ánimo, más propio que para escuchar, lo está para las lágrimas y la oración, y entonces los testimonios de pesar no quitan, ni siquiera atenúan, el dolor, porque es el corazón el que nos duele, y no la inteligencia. Por eso el único sedante para el que así sufre es la soledad y el silencio, compartidos únicamente con quienes participan del mismo dolor.

Pero pasada la tremenda conmoción ligera de los primeros momentos que perturba y anonada, cuando el dolor se ha hecho más íntimo, porque es calibrado por la razón, pero más sereno, entonces ya tienen valor las palabras de amonición y condolencia que llegan al que sufre una tremenda pena; entonces los testimonios de pesar sí que consuelan y ayudan. No quitan el dolor, pero lo atenúan,

porque llevan el sentido de la resignación frente a la desesperación
que quiere iniciarse con el dolor, y la esperanza de los consuelos pre-
sentes y futuros que nos ofrece principalmente nuestra fe cristiana.
El Señor da dolores, tremendos dolores, pero proporciona tam-
bién con mano abundante esos consuelos y esas esperanzas; y
bre todo esa fe que nos dice que la muerte no es terminación de la
existencia humana, sino una transformación, el paso de una vida
a otra mejor; y por otra parte que la muerte no rompe en reali-
dad los lazos que unen a los seres queridos, que seguimos unidos
a los que partieron para el viaje de la eternidad, con los que pode-
mos tener comunicación constante por la fe y por la oración, me-
sajes que confortan y consuelan, lazos de unión entre los que quedamos
y los que en brazos del Señor fueron a gozar del merecido premio.

Son palabras de la Madre de Jesús, cuando al pie de la cruz
se agachaba, coreado por los insultos, burlas y maldiciones del
populacho: "Mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor"
grande es tu dolor, querido Miguel, nuestro dolor, pero compare y

2/ Dirvate de consuelo que tu santa esposa ha muerto rodeada de la la estimacion, de los afectos generales y merecidas alabanzas.

Por otra parte, a ti, profundamente religioso y cristiano, quiero recordarte al santo Job, el prototipo de la resignacion y de la conformidad con los designios de Dios. Cuando Job en unas horas perdio a toda su numerosa familia, todos sus bienes temporales y hasta su salud, de tal modo que vino a parar a un estercolero, en donde, abandonado de todos, se vio precisado a raer con una feja sus llagas, él seguia bendiciendo al Señor, porque decia que si los bienes pecan que nos vienen de Dios, tambien los males debemos recibirlos como recuerdos de sus manos. Y cuando alguien se acercaba para echarle en cara su miseria, al tributar gratitud a quien tanto peyor le proporcionaba, estas eran sus palabras: "Dios me lo dio, Dios me lo quitó, hazga su santa voluntad."



Querido Miguel. Con tu fe y tu clara inteligencia harte fuer-

te en presencia del dolor con que el Señor te está probando,
por ti y por los tuyos, a los que debes confortar y dar ~~un~~
cristiano ejemplo. Este dolor no se te quitará ya en toda su
dimensión, pero se atenuará lo suficiente para que puedas re-
cibir los consuelos con que el Señor sabrá confortarte, como
confortó a Job después de la prueba. Mientras tanto, pide, pi-
damos a Dios que vi Ella no está ya en su gloria, la lleve, con
la ayuda de nuestros suffragios y el recuerdo de sus meritos. Piadosa-
mente juzgando, posiblemente no necesite de nuestra ayuda por su
vida santa; pero no olvidemos pedir para que tú, vosotros tengáis
la necesaria resignación cristiana, de tal modo que podáis decir
con palabra sincera, sentida como Job en el momento crítico de to-
do su dolor: "Dios me la dio, Dios me la quitó, hagase tu santa vo-
luntad".

Con un sincero abrazo fraterno y promesa de oraciones

Marta